

DICCIONARIO DE LA LITERATURA

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

La empresa de llevar a término, siquiera sea medianamente feliz, la redacción de un *Diccionario de la Literatura*, es sumamente peliaguda. En España tal empresa no había sido, hasta ahora, emprendida jamás. Y eso que entre los literatos es donde más abundan los héroes... inconsistentes.

No me creo un héroe ni aun con el sambenito de la inconsciencia. Tampoco ignoré al lanzarme a la erizada labor sus enormes dificultades. Pesé concienzudamente el pro y la contra. Medí mis fuerzas intelectuales, mi voluntad de trabajo, mi fe... Y me decidí. Debo consignar que no me decidí pensando en rematar la obra con el aliento de un fenomenal erudito. ¡Si sabré yo que no lo soy! Pero me aventuré con un espíritu perfectamente *deportivo*. El buen deportista acepta los riesgos—entre ellos el muy posible de la derrota—con el ánimo alegre y con la actitud caballeresca. "Voy a redactar un *Diccionario de la Literatura*—me dije—como Dios me dé a entender. Será un *ensayo*; menos aún: serán como unos *apuntes* para un *ensayo* de un *Diccionario de la Literatura*."

Con tales sincerísimas reflexiones mis temores se atenuaron bastante. Cada uno hace lo que puede. Y con mi conato, con mi esbozo de *Diccionario*, podría animar a intelectos mucho mejor capacitados y preparados que el mío a realizar la gran obra en la totalidad de su logro. Yo sería entonces un sencillo *precursor*. Y algo es algo.

Inmediatamente tracé mi plan. Aún no he aprendido a no empezar por el principio. Mi *Ensayo de un Diccionario de la Literatura* comprendería cuatro partes.

Primera: *Términos y conceptos literarios*.
Segunda: *Escritores españoles e hispanoamericanos*.

Tercera: *Escritores extranjeros*.
Cuarta: *Obras*.

Claro está que mi audacia encontró apoyo en el gran editor D. Manuel Aguilar, bien probado en todas las audacias capaces de colocar el nombre de España literaria en las mayores alturas.

Un día cualquiera del mes de enero de 1946—supongo que sería un día ungido por el optimismo—, inicié mi empresa con la misma despreocupación con que Cortés debió quemar sus naves. Mi comparación, entonces, fué mucho más modesta. Me creí uno de esos maestros de obras practicones decidido a construir cuatro casitas de chapa—pero con excelente *parecer*—, en un trozo amable de campo, con miras a los alquileres veraniegos. Sólo algunos buenos arquitectos se atreven con los *rascacielos*.

Entre mis escasas virtudes se cuenta la de mi constancia en el trabajo. Soy un tozudo de la pluma. Si no escribo durante ocho, diez o doce horas diarias, me parece que le falta el oxígeno a mi conciencia de *hombre de pluma*. (Treinta o cuarenta cuartillas cubiertas de líneas entintadas me hacen sonreír orgullosamente y sentirme en paz y en gracia de Dios.)

"Dale que te pego", que dicen los castizos académicos del arroyo en mi Villa y ex Corte; pasaron los años 1946, 1947, 1948. Al término de este último eché un vistazo al total de lo escrito. Mi asombro fué inenarrable. ¡Las dos mil cuartillas *presupuestas* habían excedido hasta las quince mil! Lógicamente—ante el descubrimiento, pensaba yo—los dos volúmenes de unas quinientas páginas cada uno, tendrían que aumentar en otros dos, y las mil páginas multiplicarse por seis o siete.

Y, en efecto, así ha sido. Las desdichas se consuman casi siempre. En la actualidad han aparecido los dos primeros tomos de mi *Diccionario de la Literatura*, con 1400 y 1900 páginas, de *nutrida lectura*, según ponderan los editores en sus catálogos.

El volumen tercero (*Escritores extranjeros*), de inminente aparición, sumará otras

1500 páginas. Y el cuarto mucho me temo se plante en las 2000.

Supuse haber hallado una *panacea de pacifismo*, algo así como un pararrayos individual, al redactar una circular, al imprimirla, para enviar copia de ella a cada uno de los escritores, interesándoles, a beneficio suyo, en su colaboración conmigo. Yo suplícala a cada uno de ellos de cuatro a seis cuartillas mecanografiadas con los detalles más interesantes de su vida, la relación completa de sus obras y una selección de críticas en relación con aquéllas. Pues leerán ustedes lo que resultó de mi *panacea*.

1.º Muchos escritores no contestaron a mis reiteradas súplicas.

2.º Bastantes escritores contestaron, enviándome por lo extenso la novela de sus vidas y la fecundación, el embarazo, el parto de sus obras.

3.º Algunos escritores respondieron con una concisión espartana.

Que nadie piense que los muchos escritores que no contestaron mis súplicas dejaron de hacerlo por soberbia, por escepticismo o despreocupación. El público tiene un erróneo concepto del literato español. Le juzga endiosado, pedante, siempre insatisfecho de la gloria conseguida a derechas y a zurdas. ¡Concepto tan injusto como reprochable! En esta ocasión ha quedado patente que el literato español es sencillo, modesto, des-

interesado. Seguro estoy de que los muchos escritores que no contestaron a mi petición dejaron de hacerlo exclusivamente por creerse indignos de figurar en un *Diccionario*, siquiera fuera en ensayo como el mío. Sentimiento de ejemplar modestia que debemos respetar, aunque lo calificuemos de excesivo. Naturalmente, las fichas correspondiente a tales escritores las he redactado con mi mejor intención y acudiendo a cuantas fuentes creí pertinentes.

He intentado que en este tomo segundo del *Diccionario de la Literatura* no falte ninguno de los literatos de significación manifiesta y de obra considerable por su cantidad o por su calidad. No quiere decir esto que no puedan faltar en él algunos que reúnan tales condiciones. La omisión será imputable a mi memoria o a mi opinión, jamás a mi objetividad. Y menos aún a mi buena fe. Acaso también a los límites puestos a la extensión de la obra.

Mi preocupación máxima estuvo motivada por la redacción de las fichas de los escritores de la América española, por los que siempre he sentido una vivísima simpatía y una inagotable curiosidad. En relación con los literatos hispanoamericanos, las dificultades aún fueron mayores. Carezco, por circunstancias que no me son imputables, de un conocimiento exacto del movimiento literario actual en los países americanos de habla española. No he podido ponerme en comunicación con muchos escritores ilustres. Por ello, para redactar sus fichas biobibliográficas y para valorar a los menos conocidos en España, he tenido que recurrir a las últimas ediciones de las *Historias de la Literatura Hispanoamericana* de Leguizamón—Buenos Aires, 1945—y Alberto Sánchez—Buenos Aires, 1944—, historiadores y críticos los dos muy reputados.

No me he tomado la molestia de contar las fichas que integran el tomo segundo de mi *Diccionario de la Literatura*. Calculo alrededor de las 3.000. De ellas, cerca de 300 corresponden a escritores hispanoamericanos. Tengo noticias dignas de crédito de que el censo de buenos literatos hispanoamericanos suma muy cerca de mil hombres. Ante esta enorme cifra, ¿qué son los doscientos y tantos que yo recojo? Y, sin embargo, en mi disculpa debo recalcar que de esta modesta cifra no lebo a cien los que son conocidos y apreciados en España. Algo semejante ocurre incomprensiblemente con los escritores nuestros en la Amé-

NUESTROS COLABORADORES



La inquietud de este gallego fronterizo—nacido en Tuy, en 1913—va desde los cursos de Filosofía en la Universidad de Santiago de Compostela a la Escuela Oficial de Periodismo, de Madrid, de la que acaba de salir sin haber perdido ni su acento gallego ni su tipo celta. Entre unos y otra, José de Castro Arines estuvo pensionado en Roma y fué escenógrafo del Teatro Español, de Madrid; dirigió la revista literaria "Santo y Seña" y fué jefe de Redacción de "Cine Experimental" y "Arte y Letras"; colaboró en otras diversas publicaciones y fué crítico de arte del diario "El Alcázar", de Madrid. José de Castro Arines es autor de numerosos ensayos de arte, cine y literatura. Y para completar y redondear sus facetas, ha realizado también documentales cinematográficos.

Este licenciado en Ciencias Económicas por Madrid nació en Melilla en 1917 y es hoy jefe de Estadística y Publicaciones del Sindicato Español del Espectáculo. Dedicado durante muchos años al estudio de la economía y la estadística cinematográficas, Antonio Cuevas, en contacto con todos los focos productores y distribuidores de películas de todas partes del mundo, es uno de los primeros especialistas en estos temas. Bajo su gobierno se ha publicado en Madrid el "Anuario del Espectáculo", de 1945, y se publicará próximamente un voluminoso y quizá exhaustivo "Anuario Cinematográfico Hispanoamericano". A la rúbrica y a los conocimientos de Antonio Cuevas corresponde el trabajo sobre el "cine" en Hispanoamérica inserto en la página 36 de este número.



Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, bibliotecario, archivero y arqueólogo del Ayuntamiento de Madrid, Federico Carlos Sainz de Robles sabe ser como escritor uno de los más prolíficos de esta hora y, en el área erudita, uno de los mejores conocedores de la literatura universal de todos los tiempos. Colaborador de infinidad de periódicos y revistas, lleva escritos—entre novelas, biografías, etc.—más de veinte libros—algunos considerables—y ha ganado numerosos premios. Su última, excelente obra, es el "Diccionario de la Literatura" (4 tomos). Antes: "Mario en el foso de los leones", "Velázquez, vivificador de imágenes", "Historia y estampas de la villa de Madrid", "Historia y antología del teatro español" (7 tomos), etc. Nació en Madrid, en 1899.

La pluma ha de frenarse para hablar de nuestro secretario de Redacción, hombre joven, de la raya vascongada, con una bella prosa larga y mironiana, a la que le conduce musicalmente su bagaje de latines. Raimundo Susaeta, que nació en la provincia de Alava en 1920, forma en la revista MVNDO HISPANICO desde el mismo momento en que se proyecta la fundación de esta revista y en los tiempos en que otros quehaceres periodísticos le obligan a abandonar su eficaz y poético teatro para niños. Raimundo Susaeta ha colaborado y colabora en diversos diarios y revistas españolas y ha publicado un par de libros. La coincidencia geográfica—la casa Heractio Fournier y Susaeta han nacido en la misma provincia—le ha obligado a realizar el trabajo que se publica en nuestra página 48.



Hermenauta espléndido del idioma, lexicógrafo y polígrafo, don Julio Casares colabora hoy en nuestras páginas para tratar la duda de uno de nuestros lectores. Nacido en Granada en 1877, el secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua ha representado a España en diversos organismos culturales de la desaparecida Sociedad de las Naciones y es autor de obras ya fundamentales para el idioma, como su "Diccionario ideológico de la lengua española" obra primera y única en su género. Don J. Casares ha publicado también "Crítica profana", "Crítica efímera", "Nuevo concepto del Diccionario de Lengua", "Escarceos filológicos", etc. El artículo esta autoridad de la lengua—titulado "¿Del Escorial de El Escorial?"—aparece en la pág. 57 de este número.



Redactor de "El Debate", Madrid, en 1932, Santiago Lozano fundó y dirigió en el mismo año el diario "Hoy", de Burgos, y, de Extremadura al Norte, tres años más tarde pasó a rector de "El Ideal Gallego de La Coruña". Por las de 1936 fué de nuevo hacendado Sur, para dirigir "Ideal", Granada, de donde, con la guerra española, volvió a su pedicó de La Coruña, en el continente. Este "currículo profesional y geográfico" lo completa Santiago Lozano para ser un periodista redondo con una pluma brillante que ha producido centenares de artículos como el que damos en la página 55. Y a S. L., con su trabajo "Ténganse todos", adopta el polémico frente a los propósitos de maltratar a Don Quijote que es símbolo de toda la hispanidad.

Antonio Sicre Canut isleño y atlántico, nació en Las Palmas (Gran Canaria) el 22 de agosto de 1921. Su vocación le encarriló juvenilmente hacia la milicia, y así ingresó simultáneamente en la Escuela Naval Militar y en la Academia General Militar en el año 1943, decidiéndose, finalmente, por el Arma de Ingenieros. Fundador de la Sección Geopolítica del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, de Madrid, Antonio Sicre Canut es hoy secretario de dicha Sección, habiendo tomado parte en cuantos trabajos e investigaciones se han realizado en la misma. Es colaborador de la revista "Cuadernos Hispanoamericanos", de Madrid y autor del interesante trabajo sobre la Academia General Militar, de la goza, que aparece en la página 17 del presente número.

De este hombre recatado, pero exigente consigo mismo, se llama José Luis Vázquez Dodero—nacido en Orense, que es doctor en Derecho, remos decir en seguida que partir de este número, las páginas de crítica bibliográfica de MVNDO HISPANICO "Estos libros hemos leído". Luis Vázquez Dodero colabora en "Acción Española" como miembro de Maetzu—Maetzu detenido con Vázquez Dodero en la casa de éste, donde se re-

al estallar la guerra española—y es autor de numerosos artículos de crítica y letras con tendencia a una forma doctrinal y a una forma acogedora. Ha escrito, entre otros libros inéditos, una interpretación del teatro de Don Juan, y próximamente publicará una obra de documentación "Historia de la polémica sobre España".



recidamente a los escritores hispanoamericanos de prestigio, no incluidos en el tomo segundo de mi *Diccionario*, que me ilustra sobre sus personalidades y las de sus obras, con miras a las sucesivas ediciones de mi obra. Por cualquier noticia que de ellos reciba les quedaré cordialmente agradecido y obligado.

Coser y cantar me resultó la redacción de las fichas de los escritores extranjeros (tomo tercero del *Diccionario*). He tenido a mi disposición los mejores censos biobibliográficos ingleses, franceses e italianos. Sospecho que se me ha *traspapelado* ningún nombre extranjero. Pudiera ser que, si leen mi obra, algunos de ellos discrepen de la crítica que yo hago. Pero como si discrepan discrepan en inglés, en francés, en ruso, en sueco, pues yo me enteraré menos de la discrepancia y, lógicamente, menos me molestará.